

Sócrates y Platón

Marina Blázquez Martínez

(Habla Jenofonte júnior)

Sócrates, que Sócrates nunca se emborrachaba... Si Sócrates era un borracho; siempre estaba por ahí de parranda. Lo que pasa es que como los días no eran un intermedio para él, al final la diferencia entre estar sobrio y estar borracho como que nada. Fue Platón que hizo luego el cambio, porque Sócrates tenía un no sé qué, tenía vidilla. Los jóvenes se ponían a su alrededor, y él se acaloraba, y ellos se acaloraban y decía, oh el dios me ha hablado, y sacaban una cosa de otra, y lo ponían todo patas arriba. Y Platón, que era así pequeñito y hombrudo, le miraba con los ojos como platos, como si fuese el mismísimo redentor del cielo, y yo estoy seguro de que para él lo era, porque ese chico con su padre..., le traía de cabeza. Su padre tenía dinero y quería que fuese un buen administrador, que tuviese gloria, vamos, un demagogo en toda regla; pero Platón se escapaba siempre, en vez de ir al aula con los sofistas, se iba en busca de Sócrates, y allí se pasaba con él todo el día de cháchara.

Pero, claro, luego pasó lo que pasó, a los otros les ponía mosca que sus hijos no fueran a la escuela, y dale, comiéndoles la oreja a los de la Boulé, que ya verás, que cuando le toque a tu hijo, que todavía no es lo bastante mayor, pero que cuando lo sea, ese viejo cabrón, con la lengua de serpiente que tiene... Y entonces la mayoría decía, anda tú estás tonto, y se iban a casa, y cuando pasaban delante del carro de chiquillos, incluso saludaban a Sócrates; pero al final les venía la duda de ui, y si..., y peor era cuando veían a su hijo en el grupillo. Cuando les faltaba ya a clase, ala, se convertían en uno más de esos padres del venga que te como la oreja. Y ya te lo digo yo, que el pobre Platón fue uno de los que peor lo pasó, porque Platón era timidillo, le daba no sé qué ponerse en primera fila con los otros, con esos cuerpos hercúleos que tenían. Él hablaba pocas veces, pero sus frases siempre caían en el momento justo. Sócrates, que no era ningún tonto, se lo veía en los ojos, el esfuerzo; así que siempre tenía una palabra buena para Platón, que además se lo merecía.

A Sócrates se le daba bien eso de decir la palabra buena, pero se sobró con los que no debía, y para qué te voy a contar, el día que condenaron a Sócrates, Platón estaba que se tiraba de los

pelos: que por qué, que si estaban locos, que cómo era posible, que cómo iban a matar a alguien así por el dios. Pero bueno, se tuvo que conformar como todos, y pobrecito, no volvió a ser el mismo. Estuvo ahí hasta el día que se bebió la cicuta, y Sócrates como siempre, tan jovial, más que beberse la cicuta parecía que se iba a beber otra copa de vino, y Platón, bueno, pues cuando se la bebió y se quedó ahí tendido en el suelo, se dio cuenta de que la cosa iba en serio. No salió de casa en un mes, adelgazó, le salieron arrugas, abandonó el ejercicio... Ya no se encontraba con los otros, ni en el gimnasio ni en la calle ni en ningún sitio. Porque los otros después de la muerte de Sócrates siguieron con su vida y no le dieron muchas vueltas al asunto. Sí, seguían haciendo sus banquetes, hablaban de sus cosas, y seguían recordando al maestro. Pero la mayoría, después de que se esfumase el entretenimiento del viejo, volvieron a lo de siempre: a sus clases de demagogo, al gimnasio, a declamar en la asamblea... Y Platón, que parecía un alma en pena, se distanció.

Fue entonces cuando empezó a escribir... Ya te digo yo que Sócrates para él era como un padre. Empezó a escribir diálogos, ¡como si siguiera hablando con él!, una cosa, bueno... Para qué vamos a hablar. Se quedaba ahí en su casa escribiendo, que si Sócrates esto, que si la idea de Sócrates aquello. Cómo se hubiera reído el viejo cabrón si se hubiese enterado de cómo hablaba con él, y ¡cómo hablaba! Le decía todo lo que nunca le había dicho, y las palabras que le ponía a Sócrates, vamos, eran dignas de verse. Ya le hubiera gustado a Sócrates replicar así.

A eso me refiero, que, de ahí, de estar encerrado todo el día con su Sócrates y sus cosas, empezó que si la realidad esto, que si la realidad aquello. Yo le decía, pero, Platón, por el dios que te habita. ¡Pero si no sales de casa! ¡Qué vas a saber tú de la realidad!, y entonces, la verdad sea dicha, me miraba como se mira a un bobo. Más cosas pueden decirse de la realidad que hacerse, más vale escribir que hablar con esos perros, así me decía. A veces le daba por leerme alguna de las cosas que tenía, y yo me decía, bueno, por lo menos el chico sabe escribir. Y ¡escribía!, tenía unas palabras, unas metáforas, se notaba que había leído; aunque luego dijese que lo que dijo de los poetas... Pero vamos, que al chico le gustaba la poesía; se te quedaban los oídos como atontados, como si el mismísimo Apolo estuviese ahí tañendo su lira.

A ver, que tampoco quiero decir que fuese un Sófocles; pero el chico se las traía, y te decía todo eso del amor y la belleza, y te leía así con esa voz fuerte, que te recordaba a Sócrates en la asamblea... Aunque Platón, hay que decirlo, era mucho más serio que Sócrates. Sócrates te decía

algo y te lo soltaba, y no sabías si te lo decía en serio; pero entonces te cogía, y te empezaba a dar vueltas, y ya no sabías nunca dónde ibas a terminar, y tampoco es que haya que terminar en ningún sitio eh, a mi esas conversaciones eran las que más me gustaban. Pero Platón, ui Platón, Platón era todo lo contrario, ordenadito, serio, con esas interjecciones de un griego tan elegante.

¡Por Zeus!, ya le hubiera gustado a sus amigos, los demagogos, escribir la mitad de bien. Yo se lo decía, Platón, esto está muy bien; por qué en vez de dejarlo ahí muerto de risa, no lo aireas un poco. Mira que a tu padre le hubiera gustado que hicieses política... Pero Platón nada, que los cerdos prefieren el barro, que no iban a hacer con él lo que habían hecho con Sócrates, y cosas peores que me decía. Pero yo creo que estas cosas siempre hay que sacarlas, y al final él se dio cuenta, él también, y empezó a quedar con sus amigos otra vez, a enseñárselas, a moverlas... Pero, claro, sus amigos ya no eran los efebos que se reían de los chistes verdes de Sócrates. Ahora tenían una posición acomodada, tenían hijos, tenían el poder de la ciudad, y lo último que les apetecía era que Platón viniese con sus tonterías de que si la idea tal, la justicia cual. Así que movieron un poco hilos, y Platón se dio cuenta de que había cometido un error. Fue un golpe muy duro para él, y además tuvo que irse de Atenas, y con lo que le gustaba a él Atenas... No puedo ni imaginarme lo que le dolió contemplar la Acrópolis a lo lejos. Pero bueno, llevaba sus papeles a salvo, y digo yo que eso por lo menos le daría algún consuelo.

El caso, que se fue a Siracusa, que era una ciudad joven donde todos estaban con la baba que se les caía, porque, vamos, ¡él era un político ateniense que habían echado por ser demasiado bueno! (como él mismo se encargaba de divulgar). Le dieron todas las facilidades del mundo: sí, sí, tú escribe, y luego nos cuentas. Platón estaba que no se lo creía. Y con tanto encerrarse a escribir, yo creo que terminó sacándolo todo de madre. El pobre no tenía con quien hablar, y esos eran todo oídos y poca cabeza, y con tantos libros y escribiendo tanto, y que si Sócrates esto y Sócrates aquello..., es normal que tarde o temprano le pasará factura. Aparte que la situación, estando allí en Siracusa, tampoco es que fuese lo mejor del mundo, porque amigos amigos que se dice, no tenía ninguno, y aunque le gustaba mucho estar solo, no lo tuvo que pasar muy bien. A ver, nunca fue la alegría de la huerta, aunque, eso sí, a veces con un par de copas se venía arriba y se animaba a hablar. Si había buena conversación claro, si no, otra vez con el entrecejo. Pero a lo que iba, que con toda la cancha que le daban, Platón les metió en la cabeza, no sé cómo, que tenían que organizar la polis de otra manera, que así podrían tener más libertad, y hacer cosas mejores, y, en fin, ser mejores que los de Atenas. Y los otros, ala, al pozo. Ya os lo podéis imaginar, la cosa no

funcionó. Las madres se quejaban de sus hijos, los hombres se quejaban de las mujeres, y Platón, de tantos quebraderos de cabeza, se estaba volviendo loco.

Al menos, esta vez vio venir el desastre, y antes de que fuese demasiado tarde tuvo la suficiente cabeza para irse. Se volvió a Atenas, y después de tanto bregar con unos y con otros, y con tantos papeles con los que no podía hacer nada, se tragó su orgullo y decidió montar una escuela para demagogos; voy a educar a sus hijos y a ver quién es el que vuelve a matar a Sócrates, me decía, y yo me reía. ¿Qué iba a hacer si no? Y claro, la cosa no fue mal. El tío era un genio con las palabras y tenía buenas ideas. Entraba, así, pequeñito, calvo, con su cabeza ceñuda, y se ponía a explicar abriendo mucho los brazos: que si la belleza esto, que si la justicia aquello, que si el orden así. Dejaba sus folios detrás de él, y hablaba y discutía con sus alumnos de lo que les iba viniendo. Si el viejo cabrón se hubiese enterado de cómo eran las charlas que organizaba Platón en su Academia, seguro que se habría reído de lo lindo.